

J. VILA VALENTI
Catedrático y director de la Sección de Geografía. Universidad de Barcelona
Vicepresidente de la Unión Geográfica Internacional

**LA DEFINICION
DEL POSIBILISMO**

En modo alguno quisiera dejar de contribuir a este emotivo y merecido recuerdo a Manuel de Terán. No tuve la suerte de tenerle entre quienes fueron mis profesores y maestros universitarios, pero entré ya en contacto con él hace cerca de cuarenta años, siendo yo todavía estudiante. Fue con motivo del «Curso general y del Pirineo», que se dio en Jaca, organizado por el Instituto de Estudios Pirenaicos, en agosto de 1946, y acerca del cual he escrito ya en varias ocasiones (véase en Bibliografía, al final de este trabajo, la cita correspondiente, 1979-80).

He recordado siempre con vivo interés —y ahora mismo con cierta emoción— las lecciones que Manuel de Terán nos dio acerca de varios aspectos de la Geografía humana, en especial del poblamiento. Lecciones llenas de ideas y saberes, ricas en información y en estímulos, bellamente dichas. Desde entonces seguí con el máximo cuidado sus publicaciones y no desaproveché ocasión alguna para escucharle, en conferencias, en excursiones, en conversaciones varias. Cuando pasados más de veinte años, pudimos aceptar en la Universidad de Barcelona la presentación de tesis doctorales, para la primera presentada, el 1 de julio de 1968, tuvimos el honor de que Manuel

de Terán aceptase formar parte del Tribunal. Se trataba de la tesis de Bartomeu Barceló, antaño discípulo suyo en la Universidad Complutense de Madrid.

En las líneas que siguen quisiera evocar la figura de Manuel de Terán, a través especialmente de un comentario a un estimulante artículo que él publicó en 1957 y a la problemática coetánea a que respondía dicho trabajo. En aquellos momentos, en efecto, entre los escasos geógrafos universitarios existentes en España, muy pocos se dedicaron a una reflexión teórica sistemática. Manuel de Terán, en varias ocasiones, como se ha señalado no hace mucho (Bosque, 1982), fue sensible a estas cuestiones y respondió a ellas con algunos destacados trabajos, entre los que nos ha particularmente interesado, en la presente ocasión, el anteriormente citado.

DE NUEVO, EL POSIBILISMO

Me parece que no se ha señalado suficientemente que en el quinto decenio del presente siglo, coincidiendo en gran parte con la crisis y la euforia —la destrucción y la reconstrucción— que siguió a la segunda Guerra Mun-

dial, se produjo en Francia, entre el relativamente numeroso grupo de geógrafos franceses, un cierto movimiento de interés alrededor de varios problemas de teoría de la Geografía. Tras el breve y magistral libro de A. Cholley (1942; 2ª ed., 1951) y tras el vacío de los últimos años de conflicto bélico, aparecen varios trabajos fundamentales. Sólo en dos o tres años, existen distintas contribuciones de autores tan destacados como Chabot (1947-48), Allix (1948), Baulig (1948), Sorre (1948), y Le Lannou (1949; véase las citas en Bibliografía). Curiosamente se ha tenido una insuficiente consideración acerca de este interesante conjunto de trabajos, en buena parte de Teoría de la Geografía, con una fecunda reflexión acerca del pensamiento geográfico, especialmente sobre ciertos términos y conceptos de Geografía humana, en unos momentos de entusiasta y nuevo impulso de la llamada escuela francesa.

En distintas ocasiones y con enfoques diversos, se plantea en estas publicaciones el viejo problema del determinismo y del posibilismo. De nuevo, claro está, «la vieja canción» (Spate, 1958). Hecho que, por otra parte, no puede sorprender. El problema de las relaciones entre naturaleza y hombre, entre medio natural y poblaciones humanas, es muy antiguo, tanto, que sepamos, como la propia reflexión que acerca del mundo haya podido haber (Vilá Valentí, 1984 b). En realidad, cada época y cada pensador —o cada grupo de pensadores— se ha ido planteando este problema según su propio talante e ideología y según los objetivos perseguidos. Es lógico también que, en un momento de nuevo impulso de una de las escuelas geográficas de más densa producción anterior, se plantease de nuevo esta problemática, tanto más cuanto que no había sido demasiado profundizada en la fase previa (decenios segundo y tercero).

De hecho, el posibilismo se había enunciado y etiquetado por Febvre (1922) más como una actitud y una contraposición —al determinismo físico, claro está— que como un cuerpo de doctrina. Algunos rasgos de él se definen en la obra febvrieriana y de algunos otros autores de aquella fase —muy pocos, ciertamente; probablemente el más destacado C. Vallaux—. Pero evidentemente el posibilismo queda impreciso en su configuración global y en sus mismos rasgos fundamentales. Las obras antes

indicadas, en la medida que tratan este problema, intentan ahondar, de nuevo, en el viejo debate acerca del determinismo físico y del posibilismo. Pocos años después, en la misma escuela francesa, aparecen nuevos elementos de juicio, cuando se subrayan determinadas características sociales y económicas de los grupos humanos, como hará Pierre George (1968, como un ejemplo). Concretamente el problema que nos interesa se ahonda por parte de geógrafos de otros países, en particular dentro del área anglosajona, como ocurre con el destacado caso de O. H. K. Spate (1952, 1957, 1958), pero sin faltar importantes contribuciones de otros autores, como A. F. Martín (1951) y G. Tatham (1951, en la obra colectiva dirigida por G. Taylor).

Con este afán de clarificar y ahondar en el núcleo del problema, Manuel de Terán interviene en el citado artículo (1957) con los dos términos extremos del abanico de soluciones («determinismo» y «posibilismo») en el mismo título del trabajo. Creo que es dentro del contexto que hemos apuntado que cobra significado el trabajo que comentamos. Los contenidos y objetivos del estudio y los mismos autores que cita explícitamente (L. Febvre, M. Le Lannou, O. H. K. Spate) lo confirman con claridad. En el mismo título también, en un tercer término («probabilismo») señala que se han introducido matizaciones en el posibilismo, por lo menos respecto al estado de la cuestión tres o cuatro decenios antes.

ENTRE EL DETERMINISMO Y EL POSIBILISMO EXTREMO

Ocurre, en realidad, que buena parte del debate es, directa o indirectamente, un intento de clarificación del problema planteado, aceptando, de un modo u otro, el posibilismo y rechazando, en cambio, el determinismo físico. Pero el rechazo de éste no es total, en la medida en que se acepta siempre unas ciertas relaciones con el medio ambiente; por otra parte, no se considera aceptable que el posibilismo se anuncie de tal modo que parezca no tener límites. Así, pues, el debate se establece entre un determinismo extremo, mecanicista y total, y un posibilismo también extremo, ilimitado. En el fondo, la discusión propiamente dicha se establece alrededor de la exacta definición del posibilismo.

En cuanto al determinismo físico y a su crítica, queda claro que su no aceptación no representa la negación de relaciones entre el medio ambiente y los grupos humanos. Este juicio habrá ya quedado bastante claro en la época del enunciado del posibilismo, en el segundo y tercer decenio, aunque se había formulado pocas veces con rotundidad. Algunos autores habían señalado que siempre en las obras regionales francesas había un cierto determinismo, por el hecho de que existía siempre una valoración del medio ambiente físico y una cuidadosa atención a las relaciones entre éste y los grupos humanos.

En realidad, pudo existir una confusión entre una valoración del medio ambiente —y, por tanto, una aceptación de relaciones entre el medio y el hombre— y el hecho de que se considere que aquél *determine* ciertas características del hombre o condicione *necesariamente* las actividades humanas, que en ello consisten el determinismo o necesitarismo físicos.

Lo que está claro que se rechaza es este determinismo o necesitarismo extremos o determinismo propiamente dicho. Manuel de Terán lo define de este manera: «El determinismo geográfico (alude, claro está, al determinismo físico)... supone que la libertad del hombre se halla condicionada o dirigida, en grado de mayor o menor necesidad y coacción, por los factores del medio físico; que estos factores ejercen un influjo directo sobre la constitución física y moral del hombre individual y social; que toda la actividad humana y el resultado de esta actividad acusa la impronta de estos mismos factores...» (Terán, 1957, pág. 58; citamos por la 2ª edición).

El punto de partida del debate es, pues, el rechazo del determinismo, lo que se efectúa en las primeras líneas del artículo: «La polémica entre deterministas y posibilistas parece, en efecto, definitivamente zanjada, decidida del lado del posibilismo, y el determinismo proscrito para siempre del ámbito de la Geografía» (Terán, 1957, pág. 57).

Sin embargo, es evidente también que el hombre no quede al margen de la naturaleza o medio ambiente. Lo que en realidad se acepta es la existencia de *una cierta relación del medio ambiente con el hombre*, una relación que no es determinante, es decir, un *ambientalismo* o *ecologismo*, si este último término se de-

fine correctamente (Vilá Valentí, 1984 b). Esta actitud queda bien clara en el trabajo que comentamos: «... el posibilismo no significa la radical y sistemática negación de la influencia que los factores físicos pueden ejercer sobre la vida humana, sino la indignación, en cada caso, de su posible existencia, y de precisar el contorno y los límites de su actuación» (Terán, 1957, pág. 71). Unas páginas más adelante añade: «El posibilismo no pretendió nunca la exclusión de los factores físicos en la explicación de los hechos de Geografía humana, a no ser en posiciones extremas que, como sucedía en el determinismo, las más de las veces, son ajenas a la Geografía propiamente dicha. No lo pretendió Vidal ni lo pretendió L. Febvre en la rigurosa crítica que hizo del determinismo» (Terán, 1957, pág. 79).

La experiencia que el geógrafo tiene muestra, por otro lado, que el haz de relaciones entre el medio y el hombre puede presentar valores muy distintos. Visto el problema mecánicamente sería como un juego de presiones entre cada medio físico o natural —con sus características de relieve, clima y vegetación, singularmente— y el grupo humano que lo habita —también con unas ciertas características, en este caso sociales y económicas, en particular con unas peculiaridades técnicas—.

En casos extremos (ciertas facetas naturales fuertemente dominantes, escasa capacidad técnica) las relaciones se efectúan de tal modo que el predominio de los rasgos físicos es casi aplastante. El ambientalismo, diríamos, se convierte, en este contexto límite, casi, en un determinismo. Con fuerza, quizá un punto excesivo y con algún término no utilizado con todo rigor, el autor que comentamos lo expresa así: «La determinación física, en su forma más soberana e inexorable, queda relegada al mundo del hombre primitivo, y especialmente en las zonas marginales del ecumene y aquellas en las que la desproporción existente entre la magnitud de las fuerzas naturales y humanas es tan grande que les permite a aquéllas ejercer una influencia que pudiéramos llamar coactiva e imperativa, aun siempre con las reservas de que, en el equilibrio establecido entre el hombre y el medio, entran en juego los factores de tipo humano ya referidos» (Terán, 1957, págs. 79-80).

Prescindiendo de esta situación extrema, lo que conviene subrayar es que, en cualquier ca-

so y de un modo u otro, aun en condiciones que pudieran parecer completamente opuestas a la que acabamos de presentar, las relaciones entre medio ambiente y hombre son reales y vigentes. El ambientalismo, de una forma u otra, es siempre válido. Es necesario aceptar, por lo menos, la existencia en todo caso de un haz de relaciones a partir del medio ambiente; quizá notablemente reducido en algunos ejemplos, lo que pudieramos llamar un «mínimo ambiental». En los análisis de recursos naturales, aparecen siempre estos hechos necesarios, imprescindibles —pero no suficientes, claro está— para que se realice un aprovechamiento económico; recientemente nosotros mismos lo hemos subrayado en un análisis comarcal (Vilá Valentí, 1984 a). Manuel de Terán alude a esta cuestión y hace referencia a uno de los autores por él utilizados: «Spate propugna, incluso, una fórmula de conciliación y compromiso entre ambas posiciones (alude al determinismo y al posibilismo, claro está) a base del reconocimiento de un *irreducible mínimo de influencia del ambiente físico*, actuante no en la forma de un mandato positivo, sino negativa y permisivamente» (Terán, 1957, pág. 80; el subrayado es nuestro).

LAS GRADACIONES DEL POSIBILISMO

Analizando el problema desde el punto de vista del posibilismo, queda reducido a un debate —en modo alguno fácil, lleno de distintos matices y sutilezas— alrededor de lo que pudieramos llamar los grados del posibilismo. Porque si está claro que no se acepta un determinismo o necesitarismo absolutos, también es evidente que no puede admitirse un posibilismo ilimitado, una libertad absoluta que no se atenga a unas ciertas referencias o marcos del medio ambiente físico.

Manuel de Terán entra entonces en la línea, dominante en un cierto número de los trabajos señalados, de poner coto a un posibilismo extremo, lo que cabría deducir de algunas afirmaciones o actitudes, más o menos explícitas. Ya hemos señalado que buena parte del debate efectuado durante estos años, alrededor del problema que analizamos, queda enmarcado dentro de lo que bien puede llamarse las gradaciones del posibilismo.

El ámbito de discusión queda perfectamente delimitado en una frase del autor que comentamos, apoyándose en afirmaciones de autores ya citados, uno de ellos el que precisamente dio lugar al término posibilismo: «... el problema no es con frecuencia cuestión de elección o compulsión, sino de una *balanza de probabilidades*, idea que aclara (alude a Spate) al precisar la frase de L. Febvre: “No existen necesidades, sino posibilidades”; a la que, por su parte, añade: “de las cuales algunas son más posibles que otras”» (Terán, 1957, pág. 80; el subrayado es nuestro).

Ha salido ya una palabra clave dentro de este problema de gradación de posibilidades. Se prefiere ahora, de acuerdo con actitudes y afirmaciones de varios autores, en especial de O. H. K. Spate, hablar de «probabilidad» o «probabilioridad» (más probable) que de «posibilidad». Alrededor del «probabilismo» o «probabiliorismo» se concretan unas más limitadas y exactas respuestas al vago e impreciso campo de «posibilismo» o «necesarismo».

Pero por este camino nos alejamos ya del núcleo de problemas propiamente geográficos y entramos en campos de teoría de la ciencia y teoría del conocimiento. En el intento de profundizar, las cuestiones han tomado un nuevo sesgo. Ahora es una reflexión filosófica la que entra en juego, alrededor de la problemática de la determinación y el determinismo abstractos. Hemos señalado ya algunas veces que ciertos enfoques y términos recuerdan los que caracterizan en España el debate acerca de la predestinación, entre los teólogos Báñez y Molina.

Saltando a otros campos y llegando a nuestros días, el problema del determinismo, en su planteamiento fundamental y abstracto, surge también, por ejemplo, en el análisis físico. Manuel de Terán, con gran perspicacia, no deja de citar este hecho, y aludo por ello al «cambio de rumbo y las inquietudes suscitadas en el campo de la nueva Física teórica, cuya seguridad parece vacilar al acoger en su seno la incertidumbre elevada a principio por Heisenberg. El antideterminismo ha penetrado también en la nueva Física...» (Terán, 1957, pág. 81). Bien pudieramos llegar por esta línea de pensamiento, hasta nuestros mismos días, teniendo en cuenta, pongamos por destacado caso, los trabajos de Carl Popper. Pero todo ello

nos confirma, una vez más, que realmente nos hemos alejado de una reflexión y un quehacer propiamente geográficos.

Con el rechazo del determinismo y el establecimiento del posibilismo y el probabilismo, aparecen forzosamente nuevos distingos y matizaciones en otras facetas y aspectos. Uno de ellos, el de la consideración de las relaciones entre el medio ambiente y los grupos humanos, en cuanto a su carácter explicativo y causal. Creemos que, por lo menos, se suscitan dos cuestiones, al entrar en quiebra la concepción mecanicista anterior y al quedarnos notablemente reducido el haz de estas explicaciones físicas o naturales: ¿Hasta qué punto son explicativas o causales las relaciones físicas o naturales?; ¿A partir de qué otros elementos o fenómenos (no-físicos, claro está) podremos descubrir y mostrar unas relaciones explicativas?

Manuel de Terán no deja de plantearse el primer problema y tiende por ello a subrayar el valor del contingentismo, trayendo a colación una frase reciente (1949) de Le Lannou: «La causalidad introducida por el posibilismo no es, en efecto, causalidad necesaria, sino contingente. La causalidad en Geografía —dice Le Lannou, después de desarrollar la idea de la relatividad de las causas geográficas— no es el riguroso encadenamiento de hechos que se proponen descubrir las ciencias sistemáticas» (Terán, 1957, pág. 81).

El segundo grupo de cuestiones obligó a acudir con particular interés a las causas del

pasado, lo que motivó el notable desarrollo, en distintos y significativos trabajos de Geografía regional y Geografía cultural, de la evolución histórica (Vilá Valenti, 1983, págs. 235-6, 246, 258). En el segundo período a que corresponde el artículo analizado, la Geografía se está configurando claramente, en especial por parte de varios autores, como una ciencia social y se insiste en el análisis de elementos y factores poblacionales y económicos. En este sentido destaca claramente en Francia, en aquellos momentos, la obra de Pierre George. Por este camino —y hoy día, treinta años después, el hecho está bien claro— nos alejamos de la problemática que interesó a Manuel de Terán en el trabajo que hemos comentado. Por otra parte, es evidente que el posibilismo había escapado ya de las estrechas y mecánicas consideraciones del determinismo físico. Terán señaló posteriormente este hecho (1964) apoyándose de nuevo en unas frases de Le Lannou: «Si la geografía humana se viera limitada al dilema hombre-naturaleza no se podría nunca explicar la fisonomía viva del mundo... El cuadro de la vida regional no puede realizarse sin que se haga entrar en juego las relaciones de hombre a hombre» (Le Lannou, 1949, págs. 27-32; citado en Terán, 1964, págs. 39). Por cierto que en este trabajo efectúa nuestro autor unas muy pertinentes reflexiones acerca del contenido de la Geografía social, reflexiones sobre las que convendrá insistir en cualquier estudio que pueda realizarse acerca del pensamiento geográfico de Manuel de Terán, tomado en su conjunto.

BIBLIOGRAFIA

- ALLIX, A., 1948: «L'esprit et les méthodes de la Géographie», *Etudes rhodaniennes*, págs. 295-320.
- BAULIG, H. 1948: «La Géographie est-elle une science?», *Annales de Géographie*, París, pág. 1-11.
- BOSQUE MAUREL, J., 1982: «Aproximación a la obra científica de Manuel de Terán», en *Pensamiento geográfico* (v. cita, TERAN, 1982), págs. 9-27.
- CHABOT, G., 1947-48: «Enquête sur les rapport de la Géographie humaine et de la Géographie économique», *L'Information Géographique*, París, págs. 19, 74-78, 122-126, 162-163.
- CHOLLEY, A., 1942: *La Géographie. Guide de l'étudiant*, París, Presses Universitaires France; 2ª ed., 1951.
- FEBVRE, L., 1922: *La terre et l'évolution humaine*, París, Albert Michel. Trad. Cast.: *La Tierra y la evolución humana*, Barcelona, Cervantes, 1925.
- GEORGE, P., 1968: *L'action humaine*, París, Presse Universitaires France. Trad. Cast.: *La acción del hombre y el medio geográfico*, Barcelona, Ediciones Península, 1972.
- LE LANNOU, M., 1949: *La Géographie humaine*, París, Flammarion.
- MARTIN, A. F., 1951: «The Necessity of Determinism: a Metaphysical Problem Confronting Geographers» *Transactions and Papers*, Institute of British Geographers, Vol. XVII.
- SPATE, O. H. K., 1952: «Toynbee and Huntington: a Study in Determinism», *The Geographical Journal*—, Londres, vol. 118.
- SPATE, O. H. K., 1957: «How Determined is Possibilism?», Londres, *Geographical Studies*, vol. IV, n.º 1.
- SPATE, O. H. K., 1958: «The End of an Old Song? The Determinism - Possibilism Problem». *The Geographical Review*, Nueva York, vol. XLVIII, n.º 2.
- TAYLOR, G., 1951: *Geography in the Twentieth Century. A Study of Growth, Fields, Techniques, Arms and Trends*, Nueva York, Londres, Philosophical Library.
- TERAN, M. de, 1957: «La causalidad en Geografía humana. Determinismo, posibilismo y probabilismo», *Estudios geográficos*, Madrid, págs. 237-308. Nueva ed.: *Pensamiento geográfico y espacio regional en España*, v. cita, págs. 57-82. Las citas que efectuamos corresponden a esta nueva edición.
- TERAN, M. de, 1964: «Geografía humana y sociología. Geografía social», *Estudios geográficos*—, Madrid, págs. 441-466. Nueva ed.: *Pensamiento geográfico y espacio regional en España*, v. cita, págs. 83-104.
- TERAN, M. de, 1982: *Pensamiento geográfico y espacio regional en España. Varia geográfica*, Madrid, Universidad Complutense. Introducción y edición de Joaquín Bosque Maurel.
- VILA VALENTI, J., 1979-80: «El Curso de Geografía general y del Pirineo (Jaca, 1946)», *Geographica*, Madrid, págs. 281-287.
- VILA VALENTI, J., 1983: *Introducción al estudio teórico de la Geografía*, Barcelona, Ariel, col. Ariel Geografía, vol. I.
- VILA VALENTI, J., 1984 a: *La comarca del Bages. Condicions físiques i realitat comarcal*, «XXVI Assemblea intercomarcal d'Estudiosos a Manresa», Manresa, Centre d'Estudis del Bages, vol. I, págs. 59-69.
- VILA VALENTI, J.: 1984 b: «La consideración del medio ambiente en la Geografía contemporánea», en *Geografía y medio ambiente*, Universidad de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras, Tarragona (en curso de publicación).